

SECCION SEGUNDA.
PUEBLOS DE ORIENTE.

CAPITULO I.

EL IMPERIO BIZANTINO.

I.—Constantinopla y sus revoluciones.

EN el punto donde *Europa* está separada de *Asia* por un estrecho canal, semejante á un río que hubiera detenido su curso (el Bósforo); en el promontorio que se avanza como para cerrar el paso entre el *mar Negro* y el *Archipiélago*, levantó *Constantino* en el siglo IV, (330) una nueva capital, como si presintiera que el suelo de *Roma* vacilara bajo sus pies. Fué una adivinación, pues que, en ese inexpugnable refugio, pudieron conservar los sucesores de los *Césares* su gobierno corrompido y su administración «convertida en máquina;» y mientras que el edificio del *Alto Imperio* levantado por *Augusto* venía al suelo en los siglos V y VI, aniquilado por el ariete incontrastable de los *bárbaros*, *Constantinopla* dominaba el *Asia Menor*, la *Siria*, el *Egipto*, *Macedonia*, *Grecia* y la *Iliria*: más de la mitad del antiguo Imperio. No obstante esta grandeza aparente, las revoluciones, los motines y las asonadas continuaban, como en los tristes tiempos del siglo III, y las intrigas palaciegas eran los únicos medios para proveer la sucesión al trono imperial.

Extinguida la familia del *Gran Teodosio*, se sucedieron durante un siglo los motines que elevaron al solio á insignificantes aventureros, hasta que en el siglo VI apareció un aventurero también, pero de genio, ó, cuando menos, dotado de cierta habilidad para gobernar, muy rara ya entre los degenerados greco-romanos de

Bizancio; tal fué *Justiniano* [1], que con sus conquistas, sus trabajos legislativos y mejoras materiales, logró dar á su Imperio cierto brillo que remedó los esplendores de otras épocas.

II.—Conquistas de Justiniano.

AS Invasiones de Occidente habfan pasado sin tocar el Imperio de Oriente; las devastaciones de los *godos* llegaron hasta *Tracia* y *Grecia*, sin que la capital se conmoviera en su amurallado recinto. No obstante esto, tenía formidables enemigos: los *eslavos* avanzaban por el *Danubio*; la monarquía militar de los *persas*, amenazaba por el Oriente. Justiniano no era propiamente un guerrero á la manera de *Trajano*, pero tenía el tacto y la habilidad suficientes para escoger los hombres idóneos á las distintas funciones del Gobierno. Así es que encargó á *Belisario* y á *Narses* de las guerras que duraron gran parte de su reinado. Contra la monarquía militar de los *persas*, nada pudo el hábil *Justiniano*, y lo único que logró *Belisario* fué salvar el *Asia Menor*. En Occidente fué otra cosa: los reinos bárbaros fundados en el mediodía de *Europa*, eran débiles y vivían en continuo movimiento, sin estabilidad, sin base nacional; así es que *Belisario* se apoderó del reino africano de los *vándalos* en una sola campaña [534]; mientras que el de los *ostrogodos* de *Italia*, resistió diez y ocho años [525 á 533]. Por último, los *visigodos* le cedieron el sur de *España*. Pero todo esto duró lo que dura el fulgor de un fuego fatuo: pronto los *árabes* arrebataron el *Africa* al Imperio, y los *lombardos* la *Italia*. Para defenderse de los *eslavos*, mandó *Justiniano* edificar 80 fortalezas á orillas del *Danubio*, y una línea de castillos en las del *Eufrates*.

(1) Justiniano reinó de 527 á 565. Se cree que haya sido eslavo; su juventud la pasó obscuramente guardando rebaños en las provincias danubianas. Su tío Justino, pastor también, y luego militar y emperador, lo adoptó como favorito y privado suyo. En seguida, llegó al trono.

III.—Trabajos Legislativos de Justiniano.

HASTA el siglo III, hubo en todo el Imperio grandes jurisconsultos, como *Gayo, Ulpiano, Paulo, Papiniano, Modestino*, capaces de perfeccionar el derecho: pero todos fueron latinos. Sin embargo, los sucesores de *Constantino* en Oriente, aunque en todo el Imperio el idioma general era griego, continuaron redactando en latín las actas oficiales, y dispusieron que se juzgase conforme al «derecho romano» que se componía: 1º de las opiniones de un gran número de jurisconsultos, entre los cuales se distinguan los mencionados anteriormente; 2º de los *edictos* y *rescriptos* [ó contestaciones á preguntas sobre derecho] de los emperadores, y que tenían fuerza de ley. De todo esto se había hecho una colección en el siglo V. [Código Teodosiano].

No obstante ese Código, el «Derecho» era un farrago; faltaba el lazo de unión entre tantos elementos disímolos, aunque concurrentes á un mismo fin. Poner orden en la legislación y reunir en un solo cuerpo los miembros disgregados del Derecho, fué el objeto que se propuso *Justiniano*. Para conseguirlo, encargó el emperador este trabajo al célebre jurisconsulto *Triboniano*, que lo llevó á término en veinte años, resumiéndolo en tres obras: 1ª Las *Pandectas* ó *Digesto*, resumen de las doctrinas de 500 jurisconsultos romanos, dividido en 50 libros; 2ª El *Código Justiniano*, ó colección de *edictos* y *rescriptos* de los emperadores de todas las épocas hasta *Constantino*; y 3ª Las *Institutas*, que es un *Tratado Elemental* para uso de los estudiantes. Poco después *Justiniano* reunió los *edictos* y *rescriptos* de su reinado, con el nombre de *Novelas*.

Cierto es que estas compilaciones de la época de *Justiniano* son fragmentos de muchos jurisconsultos, y que hay poca originalidad ó ninguna en ellas; pero debido á ese trabajo iniciado por él y realizado por *Triboniano*, recibió la posteridad un valioso legado, el de la ciencia del Derecho, que de otro modo se habría perdido. Estas obras son las que han servido de base á las legislaciones modernas.

IV.—Organización del Imperio Bizantino.

LA muerte de Justiniano, el Imperio, aquel *moho gigantesco*, según lo llama un autor, continuó decayendo cada vez más; el cristianismo no tuvo bastante poder para reanimar aquel cuerpo, ya muerto, aunque conservara las apariencias de la vida. El poder absoluto del emperador, su despotismo á quien nadie pone freno ni cortapisa; su autoridad religiosa al par que civil, su corrupción privada, netamente oriental, y la delación, el espionaje y las intrigas palaciegas, completan el sombrío cuadro que se ennegrece cada día á partir del siglo VII. Cualquiera podía aspirar al trono, con que fuera bastante audaz y bastante cruel para ganarse al ejército y los corrompidos funcionarios, y para destruir al bando enemigo. [1].

El pueblo estaba tan corrompido como el gobierno; los motines y las diversiones, las carreras entre *azules* y *verdes*, origen de tantos disturbios en *Constantinopla*, eran las ocupaciones favoritas de una muchedumbre tan alborotadora como ociosa. Los suplicios de los emperadores destronados se efectuaban en presencia y con aplauso del pueblo. El emperador *Justiniano II* asistió al circo teniendo durante el espectáculo los pies encima de las cabezas de sus dos competidores. *Basilio* mandó que sus enemigos, á quienes previamente mutiló, se incensaran mutuamente; luego los obligó á pedir limosna, les sacó los ojos y les cortó las manos.

El ejército estaba en perfecta armonía con esta corrupción; lo formaban miles de aventureros sin dignidad y sin patria, á quienes el emperador pagaba para que le sirvieran á él personalmente; pero de cuya fidelidad nadie podía confiar. Con este ejército no era posible defender al Estado contra sus enemigos exteriores. *Heracio*, que fué uno de los emperadores más enérgicos, se vió obligado á huir ante una tribu de *ara-*

(1) De los 169 emperadores bizantinos solo 34 murieron de modo natural; 12, tuvieron que abdicar; 18, fueron aprehendidos y allí fallecieron; 18, mutilados y atormentados por sus enemigos; y 20 murieron estrangulados ó envenenados.

bes en Siria. Los gobernadores militares de las provincias [temas], no obedecían á nadie y obraban siempre según su capricho. También el emperador los dejaba abandonados en manos de los extranjeros, sin impartirles auxilios algunos: porque tenía más que hacer en conservarse en el trono que en defender el imperio.

Con este pésimo régimen político y social, natural era que aquel resto del «Poder de los Césares» se fuera desmoronando cual ruinoso edificio. Así es que los tres primeros califas, [sucesores del profeta] le arrebataron sin esfuerzo la Siria, la Palestina, Egipto y Africa. Luego perdió gran parte de sus temas ó provincias del Asia Menor [siglos VII y VIII], de modo que para los siglos IX y X el «Imperio de Constantino» solo conservaba: al Oeste, la Tracia [hoy Rumelia]; y al Este, una parte del Asia Menor.

V.—La Iglesia Oriental Bizantina.

LOS primitivos cristianos fueron judíos, luego la «Iglesia cristiana.» ó. de otro modo, las «asambleas cristianas» pasaron á ser con San Pablo, orientales y griegas. Las Iglesias de Jerusalén, Antioquía, Alejandría y Constantinopla fueron las principales hasta el siglo V. Cada una se regía por un Patriarca ó jefe supremo; pero todas estaban sujetas á la voluntad omnímoda del emperador. Para que el «símbolo de Nicea» fuera aceptado fué necesario que el emperador lo aceptase, y según era éste, arriano ó católico, así variaban las creencias ó se sucedían los obispos en las sedes del Imperio.

El poder del emperador de Oriente, que ocasionaba tantos trastornos á la «Iglesia.» se puso de manifiesto en la disputa relativa á las dos naturalezas de Cristo. Zenón dictó en el siglo V un «edicto de Unión» en virtud del cual obligaba á los dos partidos contendientes á adoptar una fórmula única; Heraclio dictó otro en el siglo VII, en que declaraba que Cristo «tiene dos naturalezas, con una sola voluntad.» lo que engendró nueva herejía. «La Iglesia de Oriente» se convirtió desde sus comienzos en un semillero de sectas: nestorianos, monofisitas y monotelitas ó maronitas.

Los nestorianos sostenían que en Cristo hay dos naturalezas, la divina y la humana, y que la virgen no es la madre de Dios sino de Cristo (Iglesia de Caldea); los monofisitas ó jacobitas enseñaban que en Cristo no hay más naturaleza que la divina (Iglesias de Egipto, Armenia y Siria). Por último, los monotelitas ó maronitas siguieron lo dispuesto por el emperador Heraclio, admitiendo en Cristo dos naturalezas con una sola voluntad. Además de esto, la «Iglesia de Oriente» estaba en oposición con la de Occidente, cuya supremacía nadie disputaba al obispo de Roma (Papa), desde que la ausencia del emperador y las invasiones de los bárbaros quitaron toda sombra de poder temporal en la antigua «Señora del Orbe.» Al principio, el Papa y los obispos de Italia reconocieron como soberano al emperador de Oriente, sin admitir por esto que el Estado reinara sobre la Iglesia, resolviendo las cuestiones de fe y disciplina. Pronto la rivalidad de las dos Iglesias degeneró en guerra declarada; y ésta, en un rompimiento completo. La ocasión se presentó en 728 con el edicto imperial relativo al culto de las imágenes, en que se suprimía toda representación de Cristo, de la Virgen y de los santos.

El Papa se opuso á este edicto, aconsejó á los fieles la resistencia y excomulgó á los emperadores iconoclastas (destrozadores de imágenes). En este momento aparece Carlo-Magno; y los papas, sintiéndose apoyados, condenan las doctrinas de la «Iglesia griega» opuestas á las de Roma, en tanto que Focio (Patriarca de Constantinopla), condena las de los latinos y excomulga al Papa Nicolás en un concilio (867). El Papa, celebra otro, (869), depones á Focio y anula sus actos; pero diez años después (879) nuevo concilio en Constantinopla declara que el Papa no ejerce autoridad ninguna en Oriente. Pasaron luego dos siglos, y en 1,054, el Papa, ya seguro de su Poder en Roma y en todo el Occidente, envió una bula de excomunióon contra el Patriarca griego y sus partidarios; éstos y su jefe no se sometieron, y desde entonces los cristianos se dividieron en latinos ó católicos y en griegos ú ortodoxos. Primer gran cisma de la Iglesia cristiana. (1).

(1) Las diferencias en las doctrinas y en el culto de las dos Iglesias son insignificantes: los griegos creen que el Espíritu Santo procede del Padre solamente; y los latinos, que del Padre y del hijo: aquéllos comulgan con pan ordinario; estos, con pan sin levadura: los primeros permiten el casamiento de los sacerdotes; los segundos, no.

VI.—Artes, Ciencias y Letras.

MIENTRAS que el Occidente descendía á la barbarie. Constantinopla abundaba en artistas, arquitectos, pintores y escultores, que continuaron la tradición griega, modificando algún tanto los procedimientos y dando un sello original á sus obras, principalmente en Arquitectura. En el siglo VI, Justiniano mandó construir la Iglesia de Santa Sofía de Constantinopla, que ha quedado como el modelo del arte bizantino. Se compone el histórico templo de una elevada cúpula central, rodeada de otras más pequeñas; todas doradas y brillantes. Hermosas columnas, de jaspe y pórfito, y paredes cubiertas de frescos, sostienen las bóvedas: el suelo es de mosaico, y el conjunto deja una impresión general de riqueza y pompa; pero no produce la emoción propia de la belleza. La arquitectura bizantina es un arte de decadencia: faltan en él la sencillez, la pureza y la armonía; filas de santos escuetos, monótonos, que se destacan sobre fondo dorado; estatuas en forzadas actitudes, muestran el amaneramiento y el gusto estragado de una sociedad que se disuelve.

En letras y ciencias, los bizantinos no hicieron más que continuar, como en las bellas artes, la tradición greco-romana; pero como en aquéllas, no pudieron avanzar, sino que se limitaron á repetir, á copiar, á examinar y á extraer lo que habían dicho los poetas, oradores y sabios de Atenas y Alejandría. Focio, el hombre más instruido de su tiempo, compuso el *Miribiblión* (diez mil libros), en que aspiraba á condensar la ciencia de los antiguos helenos. Pero si no añadieron nada, conservaron por lo menos las obras maestras de los buenos tiempos de Grecia, sirviendo así de eslabón entre la cultura antigua y la moderna.

CAPITULO II.

Los Arabes.—Mahoma.

I.—Origen de los Arabes.

L Sudeste de Siria, entre el Mar Rojo, el golfo Pérsico y el mar de Omán, se encuentra una vasta península que estuvo habitada desde tiempos remotos. Según la Biblia, Abraham tuvo de su esclava Agar á Ismael, padre de los Ismaelitas, antepasados de los árabes. Eran de la misma raza semítica que los hebreos, y durante muchos siglos vivieron apartados de todas las revoluciones que agitaron el Oriente. Ninguno de los conquistadores, ni Alejandro ni Pompeyo, ni César ni Trajano, pasó de los arenales de Siria. Y en verdad que no era á propósito aquel semillero de tribus para tentar la codicia de nadie. En efecto, algunos de estas tribus tenían pequeñas poblaciones y campos cultivados y comerciaban en café, incienso y dátiles, con los pueblos de Siria; pero el mayor número vivía en el desierto con sus rebaños, como pastores y bandidos al mismo tiempo. La guerra era continua entre estas tribus, si bien todas hablaban el mismo idioma, adoraban los mismos dioses y se consideraban de un mismo origen, como descendientes del mismo padre, de Abraham, que lo era también de los judíos.

II.—Religión y Culto primitivos.

LOS árabes, como de la misma raza que los judíos, tenían análogas concepciones religiosas, aunque desfiguradas después á causa probablemente del aislamiento y atraso en que vivieron por más